



1. Eutanasia

Cuando la teología moral se mezcla con la investigación científica, suele estallar el conflicto. Lo que para unos significa la ruptura de leyes intangibles porque pertenecen a la misma moralidad sustancial del ser humano, para otros se trata de avances pragmáticos que obligan a cambio de vía cuanto antes. Chocan, en realidad, dos cosmovisiones de la realidad, y ambas pretenden tener la verdad en exclusiva. Ahora bien, intentar contemplar como posible la actitud ajena o llegar a aceptar que uno mismo se ha equivocado son tareas no solamente pendientes sino imposibles: abdicar es de débiles en este país tan poco dado al diálogo que conduce a nuevas perspectivas de vida.

Todo esto sucede con la cuestión de la eutanasia: es una solemne superficialidad, cuando no idiotez pura y simple, afirmar que la eutanasia carece de relevancia; pero no es menos superficial empeñarse en que el asunto ni tan siquiera puede ser discutido en un diálogo abierto y adulto. Y sin embargo, eutanasia significa «bien morir», siempre en beneficio de quien puede existir su propia muerte. Quiere decirse que se debiera tener presente «al muriente» y no las luchas un tanto clandestinas de los «todavía vivientes». Pero no, montamos un impresionante tinglado, que oscila desde el caso holandés al caso español y muchos otros más que andan en liza.

Desde aquí, Denis Hoopper no pretende, consciente de su inmensa fragilidad, contar con una respuesta apodíptica. En absoluto. Él mismo se encuentra sumido en una laguna muy honda de oscuridades tanto morales como científicas. Pero, harto de una guerra que es más intransigencia ideológica que respeto dialogante, postula comenzar contactos realmente humanos, en que todos los que lleguemos a morir lo podamos hacer con dignidad y con el menor sufrimiento posible.

Dios lo sobrevuela todo. No solamente las opiniones de unos.

Dennis Hoopper

2. Al hilo de las últimas propuestas del MEC

Alcanzadas las competencias educativas por las comunidades autónomas, los temas cotidianos de educación han desaparecido de los periódicos nacionales y se han desplazado a los periódicos provinciales (a algunos les ha cogido sin la previsión suficiente de periodistas expertos). De esa manera la sección de sociedad de los periódicos nacionales va reordenándose sobre noticias generales o llamativas. Las unas afectan a todos, las otras de ámbito autonómico resaltan hechos especialmente llamativas que acaban alcanzando repercusión nacional, aunque a menudo estarían mejor situadas en las secciones de sucesos.

Entre el mes de abril y mayo la prensa se ha hecho eco sucesivamente de las tres leyes que, planteadas en la campaña electoral, configuran el trabajo del MEC en esta legislatura: la Formación Profesional, la ley de calidad para enseñanzas no universitarias y la nueva ley sobre universidades. Lo que ha cambiado ha sido la forma de presentarlo: en vez de ofrecer un texto mártir, el MECD, con ocasión de algo, cuenta de palabra algunos puntos con el fin de abrir un debate...

La noticia sobre la FP consiste en que se introduce un elemento insospechado en la actual situación del estado de las autonomías. Y es que, justo cuando se han acabado de transferir las competencias educativas, el ministerio lanza la idea de establecer una serie de institutos de referencia, ubicados en determinadas ciudades, bajo la dependencia directa del MECD. Sin entrar en otros asuntos, algunos analistas han puesto de manifiesto la aparente incongruencia que se plantea, y es verdad que a cualquiera se le puede ocurrir que este tema se podía haber pensado antes de hacer al menos las últimas transferencias, aunque sólo sea para no tener que volver a oír la voz de los que denuncian invasión de competencias. Si en el sistema de la FP y en el subsistema de la «reglada», es decir, la que no es ocupacional (para parados) ni «continua» (para trabajadores con empleo), hay algo en lo que se ve avance es precisamente en la intención de plantear todo como un sistema, aunque no haya que achacar esa iniciativa precisamente al MECD sino más bien a los agentes sociales, sindicatos y patronales. En todo esto no parece que haya una trayectoria clara del MECD, acostumbrado a funcionar de otra manera. De ahí, la absoluta prioridad de definir este papel en la FP del futuro.

Sobre la futura ley de calidad se han lanzado temas poco a poco, y el poco último consiste en volver sobre *los itinerarios* y la *reválida*. Con respecto al tema de los itinerarios, solución implantada en la comunidad de Navarra, parece ser que es la fórmula que adopta la nueva ley de calidad del MECD. Con ella se pretende resolver la dificultad con la que se encuentran en la actualidad los profesores en la práctica diaria de las aulas, sobre todo a partir de los 14 años. La enseñanza comprensiva, modelo adoptado por la LOGSE, impide cualquier tipo de clasificación previa de alumnos en función de criterios de conocimiento. Los profesores se encuentran con que tienen que gestionar un aula en la que hay una diversidad grande entre los intereses del grupo de alumnos, están desde los que tienen unas ganas grandes de aprender hasta los que se encuentran cerca de la «objeción escolar». En teoría, la LOGSE plantea la solución mediante las fórmulas que llama de «atención a la diversidad». En la práctica los profesores se sienten incapaces de aplicar esas fórmulas. Si hay un cierto consenso en la comunidad educativa en el diagnóstico de que no es fácil aplicar en la actualidad las medidas de «atención a la diversidad», fórmulas magistrales de la LOGSE, no existe el mismo consenso en admitir las posibles soluciones. Para muchos la solución de «los itinerarios» es atentatoria al principio de comprensividad, para otros ésta es una manera menos mala de tratar de recobrar en la escuela esa calidad que la sociedad tanto reclama.

El otro tema, el de la reválida, nos lleva a unir este aspecto de la segunda ley, la de la calidad, con el de la tercera, la de la reforma de la enseñanza universitaria. Y es que si el MECD hubiera planteado las cosas de forma simultánea, se habría ordenado el debate público mejor. Estamos hablando de dos cosas: primero de si hay que establecer un puente entre las enseñanzas no-universitarias y las enseñanzas universitarias (selectividad) como se creía hasta ahora, y segundo de qué tipo de puente conviene establecer (selectividad o reválida). Al no haberse planteado el tema en la clave de puente sino en la de orillas, el desorden del debate está siendo llamativo. No se rechaza en principio la idea de que en algún momento hay que hacer una evaluación externa de cada centro educativo desde fuera del centro. Algunos han recordado que, para que sea realista, esa evaluación debe ser total, es decir, del centro, de los profesores y de los alumnos; y no sólo de éstos, y mucho menos de los conocimientos memorísticos que han adquirido éstos. La variable que aporta el MECD hasta ahora consiste en un simple desplazamiento del qué al quién: hasta ahora el tema era selectividad y el objeto del debate era cuál debería ser el peso del expediente para que la prueba de selectividad, valorada por profesores, universitarios y no universitarios, fuera

la menos mala; tras el anuncio se debate si es bueno que un tribunal externo al centro, pero de colegas, es decir, profesores no universitarios, vuelva a examinar a los alumnos del conjunto de las asignaturas cursadas previamente, en dos años, y aprobadas una a una.

Jesús Sanjosé

3. La humillación del sexo

Mientras la sociedad anda a trancas y barrancas sumergida en impolutas meditaciones sobre la fidelidad en el matrimonio y el sentido del celibato sacerdotal, resulta que esa misma sociedad se da de bruces con el negocio de la carne en las calles y apartamentos de toda España. Negocio que desde siempre ha funcionado y que nos mostró la punta de su propio iceberg cuando los grandes rotativos introdujeron sus páginas de relax y contactos. Se ofrecía sexo como se ofrecen pisos en alquiler, concretando prestaciones y precios. Nadie se rompió las vestiduras, porque se dijo que era completamente lógico que saltara a nivel mediático lo que sucedía a nivel de calle. Y a partir de aquí, tal negocio nos ha invadido con una mezcla de cutrez servil y de insobornable papel cuché. Se vende carne significa que se compra carne, aunque vendedores y compradores pertenezcan a renglones muy altos de nuestra puritana sociedad.

Pero resulta que cada vez que alguien plantea la oportunidad de legislar la prostitución con todas sus consecuencias asistenciales, sociales y sanitarias, surge un vocerío inenarrable, que arguye desde lo que significaría reconocer como realidad objetiva lo que es una realidad deleznable. O dicho de otra manera, más que humillarnos el que un grupo de hombres y mujeres vendan sus carnes (y muchas cosas más), lo que nos humilla es reconocer que esto sucede entre nosotros, tan pulcros y tan diferentes a otros pueblos europeos. Es decir, preferimos mentirnos desde la aparente virtud a decirnos la verdad aunque signifique aceptarnos como gente contaminada.

Legísele cuanto antes un fenómeno que provoca tanto dolor y, sobre todo, tantos riesgos en unos y en otros. Porque diciendo que no a lo que sucede en aceras y en pisos, solamente conseguimos una cosa: mentirnos descaradamente mientras nos creemos puros e incontaminados. Cuánta hipocresía anda suelta por ahí.

P. de P.

4. 25 años con *El País*

Tras años de éxitos, polémicas y ambivalencias, el diario más vendido entre los españoles, ha alcanzado un cuarto de siglo de envidiable vida por ser envidiable su vitalidad. Su nacimiento a lomos de la transición sociopolítica, su planteamiento liberalísimo en costumbres, su defensa cerrada de la democracia, su vinculación al mayor grupo mediático nacional, su adhesión intransigente al socialismo como partido, su postura pertinazmente antagónica respecto de la derecha, su planteamiento religioso parcial, su lanzamiento cultural moderno y, en fin, su capacidad para aglutinar una forma de ver la vida de tanta repercusión en la nueva sociedad española desde 1976 al actual 2001, todas estas realidades, lumínicas y oscurecientes, hacen de *El País* un fenómeno absolutamente atípico entre tantos como han surgido en el tránsito del medioevo nacional a una modernidad rápidamente transida de posmodernidad.

Desde aquí, felicitar al grupo de mujeres y de hombres que nos han ido entregando cada mañana esas páginas que llenaron tantos atardeceres. Y recordarles que, a la vez que muchos nos mantenemos entre sus habituales lectores, lamentamos que, en muchas cuestiones, y especialmente las religiosas, mantengan una maniática marginalidad y hasta menosprecio. El día en que *El País* cuente con unas páginas dedicadas al fenómeno trascendente tan serias como las que dedica a todo lo inmanente, ese día significará el triunfo definitivo de la racionalidad y buen quehacer periodístico, en beneficio de sus lectores. La cuestión solamente depende de sus últimos responsables. Que todos sabemos quiénes son. Y que pretenden ser absolutamente objetivos por demócratas empedernidos.

P. de P.

5. Los intocables

No me refiero para nada a la pandilla de Eliot Ness. Hay que subir más arriba, mucho más arriba. Hablo de esa clase de intocables cuyas aventuras sexuales no saldrán nunca a relucir en los medios de comunicación de este país. Claro está que no debieran de verse publicados jamás este tipo de escarceos íntimos, pero se publican, y la triste realidad es que salen a la palestra casi siempre los mismos y las mismas. Los medios de comunicación se ceban en un cierto tipo de víctimas dejando para nunca las grandes piezas de la cacería.

Lo de las revistas viscerales y programas de escándalo es caza menor en definitiva: desconocidos y desconocidas que ascendieron el escalafón a golpes de exposición a aquello de lo que ahora simulan quejarse. En ocasiones apuntan hacia bultos más gordos, pero no más alto. En definitiva —y tan agresivos como son— les falta valor para alzar el punto de mira.

Tengo para mí, tras años de leer y observar, que en este escabroso terreno no es el mucho dinero lo que hace invulnerable a la gente, sino el poder y el prestigio político, el estar supuestamente al servicio del mantenimiento del sistema. Y cuanto superior es allí la jerarquía tanto más intocables resultan en sus devaneos.

Al fin y a la postre, levantarle las sábanas a un ricachón o a un magnate de la prensa, aun siendo éstos personas con armas y puñentes, no pasa de suscitar un escándalo a menudo pasajero o de constituir un acto de venganza, cuando no un simple litigio de competencias. Mientras que ir más allá sería montar la revolución, suscitar la desconfianza allí donde más necesitamos estar seguros.

Algún dudoso principio de respetabilidad hacia la intimidad de los padres de la patria funciona en estos casos, que no parece activarse con idéntico cuidado con los demás. Y el principio me parece sospechoso porque, en el fondo, también obedece a intereses bastardos y personalísimos, aunque nos lo vendan como signo de suprema educación informativa, una especie de *savoir-faire* de los medios con las altas instancias, como suele decirse.

Eso no se toca por la simple y discriminante razón de que, al hacerlo, se tambalearía el sistema mismo, insisto, que les sustenta y del que bien viven. Y lo comprendo. Lo que ya no se antoja justo es que el resto puede tambalearse y reponerse con tanta facilidad, o desvergüenza.

L. U.

6. El fraude de los telediarios

Uno va y se sienta delante del televisor después de comer para ver las noticias en la televisión. Nada de nada. El telediario ya no es lo que era. La noticia, la información se ha ido a pique, y sólo quedan las ruinas del naufragio. En esa alocada carrera hacia el sensacionalismo y el mercadeo comunicacional que les aprieta han tirado por la borda la esencia misma del telediario. La información pura, tal y como está la plaza, no vende. Hay que sustituir los productos frescos por la carnaza del frigorífico. Y al telediario ya no se va a conocer la actualidad. Se va a sufrir y a no enterarse.

Los telediarios —así, en general, porque casi no existen diferencias de tratamiento entre las distintas cadenas de televisión— en lugar de ir al grano se pierden en la paja. El acontecimiento más tonto se infla en detrimento del número de eventos que debieran de ocupar el tiempo reducido y aprovechable de un espacio de noticias. Las informaciones son un festival de flecos que acaba por dejar desnudos de su verdadera importancia a los hechos que se reseñan. El género esencialista y rápido del telediario se adultera con corruptelas provenientes de otro tipo de programas en los que prima la entrevista, el reportaje o la encuesta callejera. Los telediarios se han convertido en crónicas de sucesos y se elaboran como tal.

El que se asoma, cada vez menos, a un telediario para estar a la hora de lo que ocurre ha de perder, además de su tiempo, toda esperanza de saber, porque cada día los telediarios informan de menos cosas para detenerse y recrearse en formas y modos propios de un informe o de un espacio documental.

Si el tratamiento falla, los contenidos tampoco aciertan a ser los que debieran conformar un programa periódico de noticias. Y mira que lo tienen fácil. Basta con abrir los ojos y los oídos a lo que pasa, a todo lo que pasa, y seleccionar lo más importante con criterios de interés general. Pues no. Da la sensación de que en nuestro ancho mundo no existen otras fuentes de información que los tribunales, los hospitales y las comisarías, y que los informadores se pasan la vida a pie de la morgue, de los juzgados, de la insu-misión multiforme o del violento de turno. Nada es noticiable que no incluya sangre, fuego, accidente o dolo. La vida es una miseria según el telediario y salir a la calle es entrar en el infierno.

¿De verdad son éstas, las que me van a ofrecer hoy a las tres, las principales noticias del día? Una sufrida, que va para larga, experiencia me dice que no. Entonces, ¿para qué cuernos sirve un telediario que no lo es? Deberíamos presentar una denuncia por fraude.

L. U.